

FRANCISCO HERNÁNDEZ

VISIONES INICIALES

Tu mirada pesa.
Cae sobre el cuerpo como manto encendido.

Tu mirada viaja.
Se interna por los ojos como río sin márgenes.

Las cajas de cristal, bronce o madera;
guardan restos de tus visiones iniciales.

Los espejos son icebergs.
Ante un espejo tu mirada se apaga.

PALABRAS POR EL VIENTO

Conocemos al viento cuando al salir del agua
nos llega al entrecejo su flecha congelada.
Sabemos de su paso por las nubes, los ahorcados y las
columnas que se levantan de las fogatas.
De su fuerza nos cuenta el oyamel caído en la barranca;
de su delgado silbo, la infinidad de voces
en cavernas lejanas.
Pero ignoramos todo de su encuentro inicial
con el color de las piedras,
del primer solitario que lo hizo música,
del arranque de las plumas veloces recorriéndolo.
Nada sabemos de su edad ni de los templos
que hace girar cuando se aleja.
Cruza jardines, cribas y hospitales
como río que viene de otras tierras
para ordenar a su antojo estas palabras.

CRIATURAS CONFUNDIDAS

Vi llegar a la galana
montada en un potro blanco,
a esa parte del río donde el agua
parece que aguanta la respiración
hasta formar un estanque donde nada se oye
y donde nada se mueve.

A esa quietud entraron bestia y mujer
como cuchillo relumbrante.

La luna se ocultó
detrás de El Cerro del Venado.

Los grillos suspendieron su música
y las primaveras agitaron sus alas
para que la brisa que esparcía
el olor de los tigres,
se mezclara con la espuma
de las aguas inmóviles.

La galana, desnuda y sorprendente
como palabra mágica,
abrazaba el cuello de su cabalgadura
y con la firmeza de sus piernas
creaba un círculo de fuego.

No se movía una hoja.

El mundo se había detenido
para contemplar la lucha
entre el caudal y las llamas,
entre la superficie y las profundidades.

La muchacha bregaba por no caer,
el caballo insistía en brotar alas
y los pobladores del fondo,
en la boca de sus pequeñas grutas,
esperaban el derrumbe
de las criaturas confundidas
para alimentarse con su carne de luz.

Y el potro y la mujer se sumergían
para salir aferrados a la vida:
venían del cieno

sin el menor vestigio de amargura,
rodeados por la intensidad
de resplandores abisales
y con restos de extraños pólipos
en la epidermis.

Del fondo regresaban más unidos que nunca,

integrados en neblinoso centauro hembra,
trabados en un abrazo de náufragos en celo
que los transportaba a la orilla dolientes,
resoplantes, gimientes como ballena
varada entre los tormentos de los arpones
y los placeres de la resurrección.

Los ojos de los animales elogiaban la escena.

Y cuando la galana y el potro
regresaron a la espesura con el sigilo
del cuchillo que se guarda en su funda,
los médanos dejaron en libertad
raíces, ondulaciones y cangrejos.

Desde la copa de un tamarindo
los vi cruzar el puente y alejarse
hacia el pueblo.

Las aguas tenían el color
del mercurio.



Armando Salas Portugal
